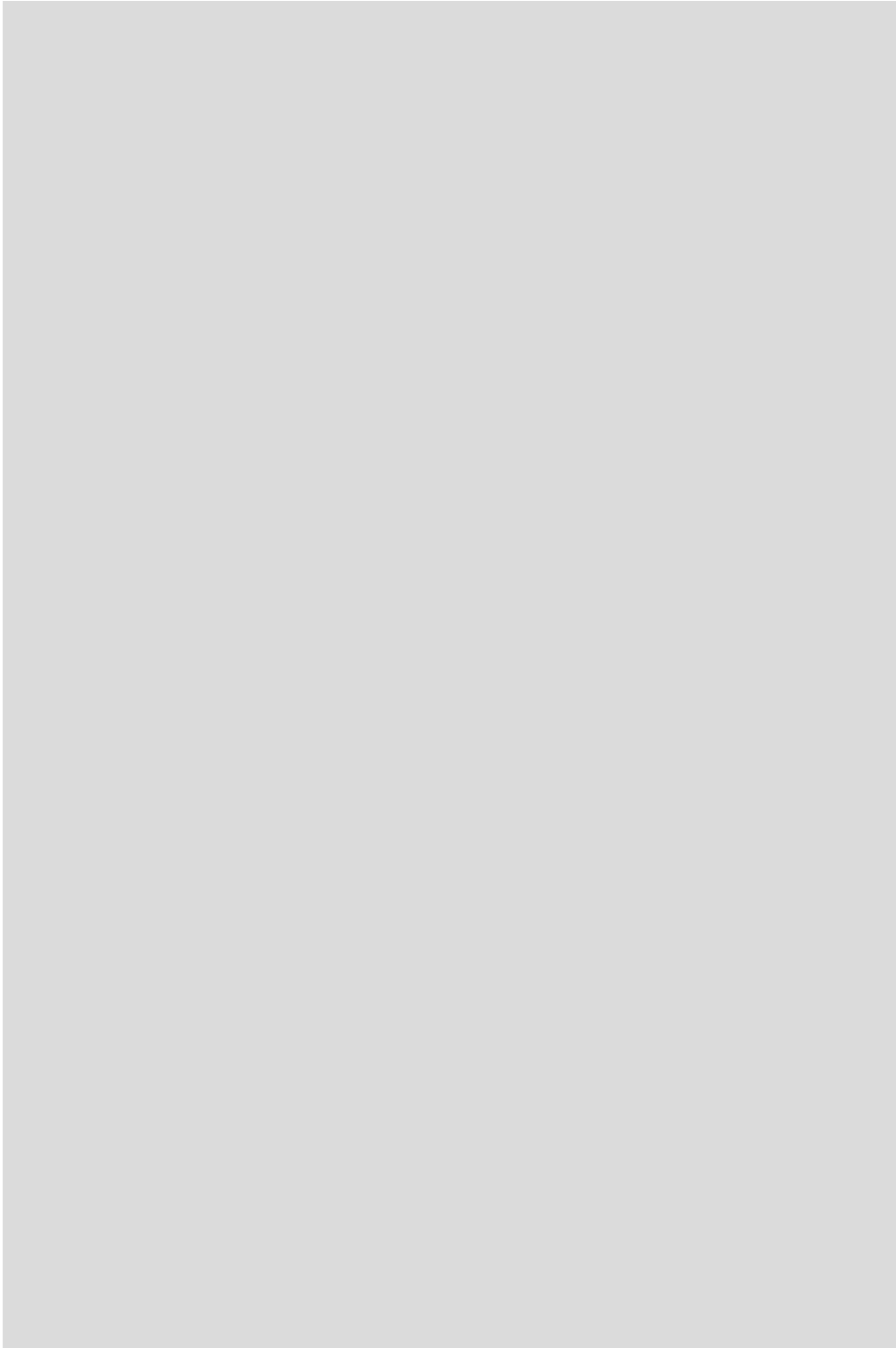


Las leyes ocultas de causalidad o El Autobusero

Jesús Revuelta Fernández



Capítulo 1

Hace ya muchos lustros que me embarqué en la desmesurada, insensata y Quijotesca tarea de querer explicar el Todo, como sólo un loco o un niño podría querer hacerlo, resistiéndome al mismo tiempo a sucumbir al recurso a las artes mágicas o mefistofélicas. A tal fin inicié mis estudios en Física teórica, Astrofísica, y Física de Partículas, así como en Filosofía y letras, Encaje de Bolillos y Papiroflexia; y a tal fin me decanté por la que creí la preparación académica más exhaustiva e integral posible, a saber, cursos homologados, por correspondencia, de CCC. Dicho método se adaptaba a la perfección a los dos trabajos a tiempo parcial que por aquel entonces mantenía. Las huelgas a la Japonesa y el espionaje industrial me permitieron ejercer medidas de presión sobre las empresas con miras a obtener una mejora en mis condiciones laborales. Y, si bien al principio sus directivas se mostraron reticentes ante mis peticiones, he de decir que pronto superaron sus reservas, —liberados por fin del esclavizador yugo del ego—; y, en un ejercicio de humildad que les honra, advirtieron que era asaz más conveniente dejarme seguir por libre, —asumiendo que su propio rol pasara a ser simbólico—, tras lo cual, todo fue como la seda.

Dichas mejoras incluían —además de un jugoso aumento salarial—, una reducción drástica en mi jornada laboral.

El universo me esperaba con todos sus secretos, y yo, apremiado por el ansia de sabiduría, me entregaba a cruentas refriegas dialécticas con mi propio ser, encerrado a cal y canto en el interior de mi cámara durante semestres enteros, inmerso en lo que creía elucubraciones trascendentales para el futuro de una humanidad que era infantilmente inconsciente de las fuerzas que la amenazaban; y sí, admito mi falta, despedía con cajas destempladas a la asistenta que bienintencionadamente acudía a traerme una sopita caliente y unos entremeses, porque, —si bien agradecía su cuita—, consideraba que interrumpía lo que de verdad importaba, y venía a recordarme por ende que yo era humano y precisaba de estas viandas para mi sustento, cuando a mí este mundano hecho, ingenua y esperanzadora y casi diríamos que convenientemente se me había ya olvidado.

Te ruego, ioh lector!, que disculpes mi prolijo preámbulo, necesario sin embargo como introducción a los hallazgos que relataré a continuación.

Aconteció que un buen día, hallándome a la sazón a la espera del autobús que me llevaría a uno de mis trabajos, encendíme un cigarrillo para amenizar la espera.

Apenas hube exhalado la primera bocanada de humo, —cuando en realidad mi ansia porque llegara el autobús se había esfumado (puesto que de todas formas llegaba tarde a mi destino, pretendía disfrutar

tranquilamente del pitillo)—, pude ver cómo el autobús se acercaba a la parada a toda velocidad.

Al mostrarle mi bono mensual al conductor del autobús (en adelante, el autobusero), pude advertir en él cierta sonrisilla maliciosa y malsana, que no supe relacionar con los hechos acaecidos –no entonces. Sin embargo, debió convertirse en levadura para el calenturiento horno de mi mente, puesto que, cuando días más tarde volvió a repetirse la misma coyuntura, mis neuronas explotaron en centelleantes relámpagos de júbilo.

En cuanto a mí, este incidente y la realización de un estudio de campo fueron todo uno. Dicho registro se llevó a cabo sobre un total de 30 casos. Adelantaré al lector que los resultados fueron sorprendentes: Las coincidencias se produjeron en un 98% de los casos, un porcentaje excepcional que ni el más recalcitrante de los escépticos podría atribuir a la casualidad. Tras una rigurosa valoración, pude establecer una relación de causalidad entre dos hechos que yo hubiera jurado inconexos: ***El encendido de un cigarrillo en la parada del autobús, ¡hacia que el autobús llegara a la parada!***

Los datos estaban ahí, e incluso un niño podría haberlos compuesto en un andamiaje conceptual sólido, la formulación de una ley universal que no desmereciera en popularidad de la de ese suertudo de Einstein, la archiconocida y sobrevalorada $E = mc^2$.

En fin, he de decir que la mía respeta la sintaxis original de aquélla, aunque como pronto se advertirá, yo introdujera algunas variaciones significativas de mi propia cosecha. En mi ecuación, **E** representa a “**enérgico autobusero**”, **m**, a “**menda**”, y **c**, a “**número de caladas dadas al cigarrillo**”, cuya enunciación formal presento a continuación en el siguiente cuadro:

La energía contenida en el odio que el autobusero siente hacia el cigarrillo que un menda se fuma en la parada del autobús es infinita, e igual al producto del menda, por el número de caladas que da ese menda, al cuadrado *La energía contenida en el odio que el autobusero siente hacia el cigarrillo que un menda se fuma en la parada del autobús es infinita, e igual al producto del menda, por el número de caladas que da ese menda, al cuadrado*

Las implicaciones son obvias: Su ira crece en proporción directa al número de caladas que consigamos dar al cigarrillo, resultando inversamente proporcional a la distancia que le separa de nosotros, distancia que él cubriría a una velocidad superior a la de la luz, de permitírsele las Leyes de la Física.

Qué clase de conexión cósmica une al autobusero con nuestro cigarrillo, es algo que --muy a mi pesar-- debo admitir que desconozco, aunque mis

estudios más recientes apuntan a que puede deberse a lo que en física se denomina "entrelazamiento cuántico", con un paralelo místico religioso contemplado desde hace milenios por religiones orientales como el Budismo, en la idea central de un Todo que es un organismo cósmico interconectado. Religiones que fueron estudiadas con fervor por psicólogos de la talla de Jung, y que constituyeron el germen de ideas como la del inconsciente colectivo y los arquetipos. Si Jung citaba, entre otros, a El Guerrero, La Prostituta, La Dama, y El Mártir, permítame el lector que realice mi humilde aportación a ese peculiar microcosmos Jungiano: El autobusero es, sin ninguna duda, y con todo merecimiento, El Aguafiestas.

Lo que no resta un ápice a la valía del autobusero: Confluyen a un tiempo en su persona los valores del ideólogo y del hombre de acción: El autobusero no sólo pretende que el viajero espere en su parada el mayor tiempo posible; sino que su espera sea lo más tediosa y penosa posible. Que el viajero solace su espíritu con un pitillo en la parada, hace que monte en cólera y acuda con la celeridad de un rayo.

Sin embargo, de alguna forma, la existencia de reglas presupone la de formas de transgredirlas. En realidad, se trata de usar la fuerza del contrario en nuestro provecho. Cuando ya tengo la parada del autobús en lontananza, gano tiempo sacando el cigarrillo y el mechero del bolsillo. Al alcanzar la parada --pero vital es señalar que ni un segundo antes-- doy inicio al ritual: Enciendo el pitillo, cierro los ojos, y le doy una calada, en la absoluta certeza, ---que algunos llamarían fe ciega--, de que el autobús no tardará en llegar. Unos segundos más tarde abro los ojos, iet voilà!

Llegados a este punto, retomemos la estadística suministrada anteriormente, la referente al 98% de incidencias, sobre la que hacía reposar toda la monumentalidad de mi teoría. Es menester porque soy consciente de que ese 2% habrá suscitado en el lector instruido y riguroso serios escrúpulos en contra de su perfección, belleza e infalibilidad. Si ése es el caso, no podría estar más de acuerdo. Pero hago justicia a mi persona si afirmo que la realidad se define, hoy más que nunca, en términos de probabilidades, y esto es algo que, por incómodo que resulte, debemos aprender a aceptar con humildad. De cualquier forma, ese inoportuno y antiestético 2% de marras representa aquellos casos en los que el autobusero, habiendo presentido las volutas del humo de mi cigarrillo desde considerable distancia, y viendo que su paso se encuentra obstaculizado por una hilera de vehículos que se interponen entre él y el objetivo, pierde el temple y pisa gas --al tiempo que embraga--, como el piloto que se pavonea en la parrilla de salida de un campeonato automovilístico; acompaña esas demostraciones con un más que generoso uso del claxon, en un intento por amedrentar a los vehículos que le preceden, --y hacer que éstos se echen a un lado--; y, viendo que su tretita no surte efecto, siente cómo se le eriza, hirsuto, el vello de la nuca; cómo empieza a cuajársele la sangre en las venas, cómo se le relajan

peligrosamente los músculos del esfínter y de la vejiga, y, llevado por el pánico --y en el lapso de una fracción de segundo--, decide que su objetivo es más importante que cualquier otra cosa, incluso que su propia vida, y farfulla entre dientes algo así como "de perdidos al río", y se arremanga y aprieta los dientes y pisa gas a fondo y, en definitiva, arremete contra todo aquél que se interpone en su camino. Cuando el autobús llega a la parada, tras de sí ha dejado una escena dantesca, grotesca, infernal. E, invariablemente, la misma sensación de vivir el Eterno Retorno del que hablara Nietzsche: El rostro desencajado, bañado en sudor, del autobusero; los ojos inyectados en sangre, pugnando por salirse de las órbitas; la misma mirada perdida --y, al mismo tiempo, la sonrisa maniaca de satisfacción iporque ha conseguido llegar a la parada antes de que yo pudiera darle más caladas al cigarrillo!

No obstante, la cordura impone que volvamos a la realidad materialista y pragmática que, desde muy pequeños, y con su ejemplo, nos inculcaron nuestras madres, y nos preocupemos de lo que realmente importa, que no es otra cosa que el beneficio colectivo. En cuanto a éste, ¡mejor imposible! En lo que concierne al autobusero, puede afirmarse sin ostentación que siente que ha cumplido con su obligación, por lo que ve considerablemente reforzada su autoestima; en lo que concierne a nosotros, llegamos a tiempo a nuestro destino!

Reflexiona ahora, amado lector, acerca del tesoro que he compartido contigo, el tesoro arcano del conocimiento. De ninguna forma reveles este caudal de inmensa sabiduría a alguien indigno de ello ---menos aún, al autobusero. ¿Tan insensatamente acabarías con la gallina de los huevos de oro? Si tu motivación es ser un buen cristiano, procede tal como haces con las dietas alimenticias: Empieza el lunes siguiente. Si es la vanidad, ahoga todo sentimiento por restregarle al autobusero que ha sido víctima de un ardid, pues en nada aprovecharía este conocimiento al autobusero; --muy al contrario, podría provocar en su mente noble pero primitiva un dilema moral insoluble, pues habrían entrado dos fuerzas poderosas --y contrarias-- en conflicto: Por un lado, la inquebrantable voluntad del autobusero por llegar a la parada para aguararnos el cigarrillo; por otro, la conciencia de que, aguándonoslo, ¡realmente nos hace un favor! Eso sería demasiado para el autobusero. ¡Dios mío, ciertamente sería demasiado para cualquiera! Si es necesario, finge que estás enojado por haber esperado tanto tiempo su llegada, por su falta de tacto y oportunidad, al llegar y negarte así el placer de apurar el pito. A ti no te supone nada, y en cambio, significa mucho para el autobusero. Por otra parte, nunca se sabe de lo que puede llegar a ser capaz un trabajador frustrado y furioso. Se empieza pagándolo con la familia, pero, ¿quién de nosotros se atrevería a augurar el fin? Los acontecimientos podrían seguir el curso de lo que sociólogos y criminólogos ---sin mencionar a esquiadores y montañeros—conocen como efecto "bola de nieve". Sé responsable, haz todo lo que esté en tu mano para mantener el status quo. De otra forma,

podríamos enfrentarnos a la perspectiva de una revolución. ¿Es eso realmente lo que quieres?